

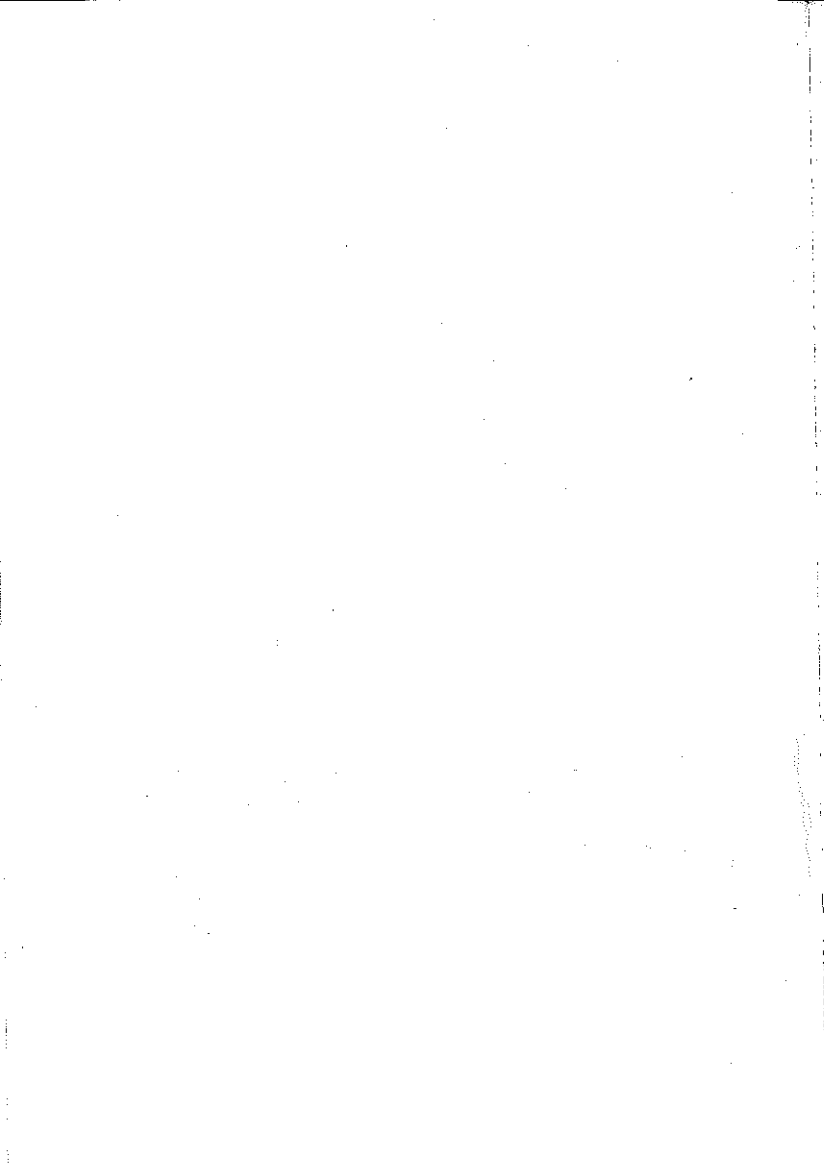
GALO GUERRERO JIMÉNEZ

EL MATRIMONIO A LA LUZ DEL NUEVO TESTAMENTO



COLEGIO LA DOLOROSA

ESCUELA PARA PADRES



GALO GUERRERO JIMÉNEZ
EL MATRIMONIO
A LA LUZ DEL NUEVO
TESTAMENTO



COLEGIO LA DOLOROSA
ESCUELA PARA PADRES

Unidad Educativa Vicente Anda Aguirre
Sección matutina La Dolorosa
Escuela para Padres
Padre Luis León Armijos, Rector

Secretariado Diocesano de Pastoral Bíblica
Escuela Bíblica a Distancia
Padre Milko Torres Ordóñez, Director

EL MATRIMONIO A LA LUZ DEL EVANGELIO

Galo Guerrero Jiménez

E-mail: grguerrero@utpl.edu.ec - guerrero@utpl.net

Telf.: domicilio 593-7-585296 Celular: 099379608

Noviembre de 2002

Edición del Colegio La Dolorosa, Loja

Digitación de texto: Galo Guerrero Jiménez

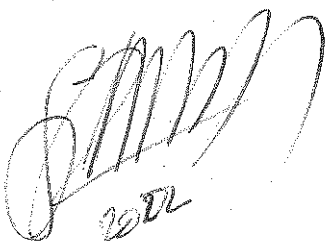
Foto de la portada: La Dolorosa del Colegio San Gabriel, Quito, Ecuador

Diagramación e impresión: Imprenta Intergraf

Impreso en Loja - Ecuador

**¿Acaso puede un ciego servir de guía a otro
ciego? ¿No caerán los dos en algún hoyo?**

Lc 6,39

A large, stylized handwritten signature in dark ink, followed by the initials '22DL' written below it.

ÍNDICE

Introducción.....	1
1. Algunas reflexiones sobre la desorganización y desintegración de la familia	5
1.1. Problemas socioeconómicos.....	5
1.2. Separación de los cónyuges.....	6
1.3. Abuso de autoridad por uno de los padres.....	7
1.4. Relaciones interpersonales negativas	8
1.5. Crisis de amor, de lealtad, de responsabilidad.....	9
1.6. Padres que no tienen solvencia moral..	10
1.7. Embriaguez, prostitución, infidelidad	11
1.8. Falta de formación.....	12
1.9. Falta de vivienda.....	13
1.10. Los hijos son receptores de todos los acontecimientos.....	14

1.11. Desobediencia.....	14
1.12. Uso del tiempo libre.....	15
 2. Elementos claves para una vida matrimonial sana	16
2.1. El matrimonio a la luz de la palabra de Dios.....	16
Jn 2,1-11: El primer milagro de Jesús en las bodas de Caná	20
Mc 10, 1-12: Doctrina, unión, bendición.....	26
Ef 5, 22-33: Amor, Cristo, Iglesia ...	32
1Pe 3, 1-9: Deberes de los esposos..	38
Heb 13,4: Respeto, fidelidad	44
1 Tes 4, 1-9: Santidad y amor	44
1 Cor 6, 12-19: El cuerpo humano: Templo del Espíritu Santo	50
1 Cor 13, 1-7: Si no hay amor nada vale ..	56
 3.2. A modo de conclusión.....	60
Bibliografía.....	65

Introducción

Frente a la crisis del matrimonio actual bien vale la pena una reflexión a la luz de la palabra de Dios. La sociedad de hoy atraviesa por una serie de circunstancias adversas, quizá como producto de esa indiferencia a la trascendencia y por una excesiva confianza en el desarrollo de la ciencia y de la tecnología. Tanto la una como la otra (la ciencia y la tecnología) nos han traído un relativo bienestar, una comodidad que hace que todo lo tengamos a mano. Los valores, la conducta ética, como que son cosas del pasado; se oponen, supuestamente, a esa comodidad, a ese disfrute que quiere vivir a toda costa la sociedad moderna.

A las familias de hoy les cuesta mucho vivir en un clima de armonía: el trabajo, la economía, los hijos, el estudio, entre otros, son los motivos que les traen problemas a cualquier tipo de familia que, si no busca el punto de equilibrio para sostenerse como matrimonio, sucumbe más pronto que tarde, con todas las secuelas que esta realidad implica,

no sólo para el núcleo familiar en sí, sino para el desarrollo normal de la sociedad que necesita que todos sus hijos trabajen mancomunadamente y vivan en un ambiente de paz, tranquilidad, sosiego y talante, para hacer de este mundo una aldea habitable, en la que con una mente saludable y con una accionar fructífero en cada actividad humana que a diario se emprende, el ser humano pueda contribuir como un auténtico hijo de Dios, a completar la creación de este mundo que de por sí es maravilloso, plenamente habitable y lleno de oportunidades para que cualquier ser humano, con una buena porción de esfuerzo, de formación y de crecimiento personal, que se lo consigue sobre todo dentro de la vida familiar, pueda desenvolverse con la mayor eficiencia y responsabilidad que al varón y a la mujer le corresponden si quiere desenvolverse con la mayor dignidad en medio del prójimo, que es por el cual nuestra existencia tiene razón de ser.

Nuestra preocupación, en este orden de reflexión, se centra en el rescate y validez plena que el

matrimonio tiene para salvar aún a la humanidad de la catástrofe moral que a diario vive. De entre tantas fuentes que nos pueden iluminar, hemos recurrido a la Biblia como una de los libros de mayor riqueza espiritual que la palabra de Dios tiene, y que ha sido dada al hombre como uno de los regalos más preciados para alimentar nuestra idiosincrasia humana.

Quizá por descuido, y sobre todo por falta de formación en nuestra fe cristiana, hemos dejado que el matrimonio, como fuente de sostén de la familia, se haya deteriorado tanto y hoy vivamos las consecuencias que, particularmente, las viven los hijos.

Nuestro interés no radica sólo en dejar por escrito la validez del matrimonio a la luz del Evangelio; es necesario que se busque espacios para propagar esta realidad donde mejor se pueda. Por eso, quiero dejar constancia de mi compromiso de propagación y reflexión sobre la importancia del matrimonio a las mil doscientas familias que

han depositado su confianza en el Colegio La Dolorosa para que ahí se eduquen sus hijos. La Escuela para Padres, en este orden, es una hermosa oportunidad para llevar la palabra de Dios sobre el matrimonio a estas queridas familias lojanas.

Que Dios nos ilumine en este propósito.

De igual manera, una deferencia muy especial, al padre Luis León Armijos, Rector de la unidad Educativa Vicente Anda Aguirre, por su activa confianza, orientación e impulso para llevar a cabo la Escuela para Padres en la sección matutina La Dolorosa, y para que este breve aporte vea la luz pública.

A los departamentos de Pastoral, de Orientación y Bienestar Estudiantil y de Tutorías de la sección matutina La Dolorosa, por su compromiso para asumir esta hermosa tarea de educación con los padres de familia.

A la Escuela Bíblica a Distancia del Secretariado Diocesano de Pastoral de la Diócesis de Loja,

en la persona de su director, el padre Milko Torres Ordóñez, por haberme permitido concluir mis estudios bíblicos. Mi gratitud por su atenta motivación para que este trabajo bíblico sea una realidad.

1. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA DESORGANIZACIÓN Y DESINTEGRACIÓN DE LA FAMILIA

1.1. PROBLEMAS SOCIOECONÓMICOS

Frente al imperio del capitalismo en todo el mundo, las familias que más sufren este impacto, son las más pobres. Y no me refiero sólo a la pobreza material sino, fundamentalmente, espiritual, que es la que no les permite enfrentar con madurez y sentido cristiano esta lacra que está diezmando a miles y millones de familias que, frente a la desesperación de no tener dinero para por lo menos sobrevivir, se ven obligados a emigrar a otros países, con las consecuencias que ello implica para la pareja y para los hijos.

De otra parte, el consumismo que se vive, por el materialismo desmedido que nos empuja a comprar todo lo que el mercado produce, ha deteriorado también la economía de las familias, con las consecuencias que ya conocemos, de matrimonios que a diario se pelean por la falta de dinero para cubrir la cantidad de gastos que realizan, a veces en cosas que no tienen ninguna importancia, que no sea la vanidad para tenerlas y no quedarse atrás de otras familias.

1.2. SEPARACIÓN DE LOS CÓNYUGES

Como se vive en una sociedad más liberada, en donde, por influencia de los medios de comunicación, todo parece fácil sexualmente; muchas familias, ingenuamente, creen que lo más fácil y cómodo, frente a un problema de infidelidad, por ejemplo, es separarse. Las consecuencias, desde luego, que en primera instancia las sufren son los hijos. Sin amor, la convivencia humana no es posible; niños y jóvenes con problemas

gravísimos a falta del cariño de su padres optan por las drogas y hasta por el suicidio.

Esta realidad de separación o abandono del hogar por uno de los cónyuges, es quizá una de las consecuencias más graves que hoy vive la sociedad actual. Como una gran mayoría de familias viven desintegradas, ahí está el tipo de sociedad que tenemos: la corrupción campea por todas partes, y, muy oronda se pasea, sin que haya poder humano que pueda desterrarla.

1.3. ABUSO DE AUTORIDAD POR UNO DE LOS PADRES

Se dice que no nos han enseñado a ser padres, por lo tanto, no estamos preparados para ejercer una buena educación que contribuya al desarrollo espiritual de los hijos; frente a la ignorancia, lo más cómodo es abusar, ejercer un autoritarismo para hacerse respetar tanto frente a la pareja como a los hijos.

El abuso de autoridad trae deterioro moral, apatía, violencia y falta de sentido humano para realizarse personal y socialmente. Una vez más, la ausencia de amor, de cariño, no hace posible una convivencia feliz.

1.4. RELACIONES INTERPERSONALES NEGATIVAS

Siempre se ve lo malo, se encara lo que no está bien, y muy poco se reconoce cuando hay un acierto. Se vive una cultura del pesimismo, del no se puede, de lo fácil. Se inculca como obtener dinero a costa de lo que sea. Se piensa mucho en el tener antes que en el ser.

El ciudadano común no se da cuenta que si se opta por el ser, por el cultivo moral y espiritual de la persona, se gana mucho, y si de tener se trata, por el cultivo del ser se llega con más facilidad al tener, y no al revés como, lamentablemente, se procede.

1.5. CRISIS DE AMOR, DE LEALTAD, DE RESPONSABILIDAD

A falta de sustento espiritual de la persona, de principios, y porque se toma a la persona como objeto, no aparece el amor, sino el interés. Si el interés no resulta, se deshecha a la persona, no se la valora.

Si no se practica con el ejemplo las más nobles virtudes, no puede haber responsabilidad en lo que se emprende. Si a la persona no se la ha educado bajo normas, disciplina, firmeza y amor, ninguno de los valores humanos es tomado en cuenta. Casi en todos los aspectos de la vida existe muchísima irresponsabilidad; cada cual quiere hacer las cosas medio medio. No se pone amor, entrega, pasión, corazón y emoción en las actividades cotidianas. Las cosas y las personas necesitan de buen trato para que el éxito y las acciones bien realizadas nos permitan vivir dignamente.

1.6. PADRES QUE NO TIENEN SOLVENCIA MORAL

La viveza criolla, empezando por el hogar, está a la luz del día. Por facilismo se busca lo más cómodo, sin importar si lo que se hace es ético o no.

Un padre y una madre que no dan ejemplo de honestidad a sus hijos, difícilmente pueden lograr hijos que aporten al sustento de una sociedad limpia. El esfuerzo en la limpidez de los actos humanos debe primar para desterrar la corrupción. La corrupción que hoy vive el país no es tanto económica, sino moral. Y no la ejercen sólo los políticos, matones, ladrones y mafiosos. Basta si en la casa doy mi palabra y no la cumplo, me convierto en un corrupto.

1.7. EMBRIAGUEZ, PROSTITUCIÓN, INFIDELIDAD

Qué triste que es decirlo, pero el 50% de los matrimonios están inmiscuidos, unos más, otros menos, en la embriaguez, prostitución e infidelidad. Claro que van de la mano las tres: lo uno le lleva a lo otro. La embriaguez se ha convertido en la diosa de la felicidad; la infidelidad campea como sinónimo de conquista, de pasarla bien, de disfrutar a como dé lugar.

Muy poco se mira las consecuencias que este aparente disfrute acarrea para la auténtica felicidad del matrimonio. No hay un pensamiento crítico que permita al matrimonio considerar las nefastas consecuencias que para la misma pareja, para los hijos y para el resto de la familia trae una circunstancia de vicio y de deterioro como las señaladas.

1.8. FALTA DE FORMACIÓN

Familia que no posee una elemental educación en cuanto a las buenas costumbres y a las normas

de urbanidad, no puede desenvolverse en un clima de armonía y de respeto. Cuántas malas palabras que a diario los cónyuges practican desembocan en falta de respeto, y son los hijos los que asumen este deterioro como si fuese algo normal.

La falta de educación se opone a la belleza del corazón para mirar la vida como una oportunidad para realizarnos en pareja. La pareja no puede estar desunida porque deja de ser pareja. El irrespeto destruye la unicidad del matrimonio. Se necesita de una preparación cuidadosa para que no nos afecte el deterioro, ya sea porque poseo un lenguaje abrupto, porque no cuido mi presencia física o porque la casa es un desorden que no me permite respirar limpieza y optimismo. Sí, una casa ordenada es sinónimo de respeto para con uno mismo.

1.9. FALTA DE VIVIENDA

No sólo la falta de vivienda material produce

malestar en el núcleo familiar. La casa, propia, arrendada, cedida o prestada es el mejor lugar de realización, no de un simple encontrarse para comer y dormir. Es ahí donde se planifica lo mejor de la vida, es ahí donde auténticamente se vive, porque el ser humano necesita de un espacio privado para que bajo la sana intimidad del núcleo familiar, se pueda descargar los pesares y sin sabores que muchas de las veces nos acarrea la vida de afuera.

Por eso es necesario aprender a bien vivir dentro de esas cuatro paredes que se convierten en un espacio sagrado, puesto que no puede invadirlas nadie si no es con el consentimiento de quienes moran en ese espacio. La falta de vivienda espiritual, aunque haya la vivienda material, deteriora la relación de pareja, impide la realización interpersonal.

1.10. LOS HIJOS SON RECEPTORES DE TODOS LOS ACONTECIMIENTOS

Sean malas o buenas las vivencias familiares, los

hijos receptan todo. Cuánta valía tienen, entonces, el buen comportamiento, las buenas vivencias y las sanas relaciones de pareja: es el mejor regalo que se les puede dar a los hijos.

Hay huellas nefastas que quedan profundamente arraigadas en los niños y jóvenes por las malas prácticas morales de sus padres. A los profesores les resulta muy difícil educar en estas condiciones. Los fracasos escolares no son tanto el producto de una mala práctica pedagógica, sino de una mala práctica matrimonial.

1.11. DESOBEDIENCIA

La desobediencia de los hijos se origina cuando no hay respeto entre los padres para tratarse con amor. El maltrato produce desobediencia. El niño y el joven que no ha recibido cariño de sus padres difícilmente puede obedecer con cariño: lo hará a regañadientes.

La desobediencia trae irresponsabilidad; no hay

deseos para la superación, para los retos. La apatía, el mal humor y las prácticas antisociales absorben al niño y al joven en una abulia enfermiza que mata la creatividad y anula el respeto que se debe tener tanto para el núcleo familiar cuanto para el resto de personas con las cuales, por una u otra razón, se comparte en el diario vivir.

1.12. USO DEL TIEMPO LIBRE

Padres e hijos malgastan el tiempo inútilmente. No se puede acusar a un hijo de vago si los padres no dan ejemplo de aprovechamiento del tiempo en forma debida. Y si los padres tienen copado el tiempo fuera de casa, lo primero que hay que considerar es de qué manera los hijos están haciendo el debido uso de ese tiempo que les sobra cuando no están en clases.

Cuando el joven se siente sólo, y si no tiene hábitos de aprovechamiento del tiempo libre, es presa fácil de malas prácticas sociales que las

adquiere en la calle, con sus amigos. Y si en la casa no se aprovecha el tiempo, es el televisor o la internet mal empleada, los que se encargarán de ir sembrando inquietudes malsanas que tratará de practicarlas en la vida real, como si fuesen lo más común o corriente, tal es el caso de la violencia, el sexo y la inactividad mental para pensar con rigor en cosas nobles y de engrandecimiento personal.

2 ELEMENTOS CLAVES PARA UNA VIDA MATRIMONIAL SANA

2.1. EL MATRIMONIO A LA LUZ DE LA PALABRA DE DIOS

Queremos servirnos de algunas referencias bíblicas del Nuevo Testamento para demostrar como puede un matrimonio vivir cristianamente su rol de pareja y de padres y madres, frente a tanto deterioro moral que, como los señalados en páginas anteriores de una manera sucinta, está sepultando –como uno de los mayores triunfos

del demonio- la grandeza humana que bien se puede vivir en la pareja, que de hecho es bendecida por Dios y para siempre a través del sacerdote.

Con una buena porción de voluntad, bien podemos acercarnos a la palabra de Dios para disfrutar de ella y recibir su mensaje alentador, profundamente humano, reconciliador, santificador y siempre actual para cualquier tipo de sociedad que se precie de ser civilizada.

Debe ser el compromiso y no la rutina la que nos amortigüe. No se trata de ser experto, ni científico, ni intelectual, ni demasiado instruido para acercarnos a la palabra de Dios. Nos basta el sentido común, el interés, y sobre todo una profunda interiorización de nuestros actos para diferenciar con prontitud lo que nos hace crecer espiritualmente y lo que nos deteriora en nuestra relación de pareja.

Por lo tanto, medite usted cada cita bíblica y brevemente comentada aquí. Le aseguro, amable

lector, distinguido padre y madre de familia, que si se empeña en poner en práctica lo que lee, su vida tendrá un vuelco asombroso, una auténtica bendición, real y efectiva de Dios, que será inmediatamente verificada por usted, querida pareja. Inténtelo, anímese, por el amor de Dios, de su matrimonio, de sus hijos y de la sociedad que espera con ansiedad que este mundo cambie de rumbo.

No podemos seguir recibiendo tanta basura que a diario se respira por la mala práctica del matrimonio, y por ende por la mala convivencia del núcleo familiar. El éxito de una sociedad, de un pueblo, de una nación, no está en los políticos, está en la familia. Todos, absolutamente todos, desde el más grande hasta el más pequeño compartimos y somos partícipes de una familia. Si en ella nos realizamos plena, humana y cristianamente, los males se habrán aplacado y seremos testigos del nacimiento de una nueva sociedad en la que sea posible una convivencia de la compartencia y de la solidaridad, y no de la competitividad y de la individualidad como la que

hoy se vive.

No nos alejemos de la trascendencia, del Absoluto. Nuestro cuerpo y nuestra mente no sólo necesitan alimento material. El alimento espiritual nutre nuestra cabeza, porque podemos pensar mejor; nuestro corazón, porque podemos amar mejor.

Adéntrese, entonces, carísimo lector, en la maravilla de la palabra divina que a continuación citamos:

Jn 2, 1-11: EL PRIMER MILAGRO DE JESÚS EN LAS BODAS DE CANÁ

A los tres días se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús era de la fiesta. También fue invitado a las bodas Jesús con sus discípulos. Se acabó el vino de las bodas y se quedaron sin vino.

Entonces la madre de Jesús le dijo: "No tienen vino". Jesús respondió: "Mujer, ¿cómo se te ocurre? Todavía no ha llegado mi hora."

Su madre dijo a los sirvientes: "Hagan todo lo que él les mande."

Había allí seis jarrones de piedra, de los que sirven para los ritos de la purificación de los judíos, de unos cien litros de capacidad cada uno. Jesús indicó a los sirvientes: "Llenen de agua esas tinajas." Y las llenaron hasta el borde. "Saquen ahora, les dijo, y llévenle al mayordomo." Y ellos se lo llevaron.

El mayordomo probó el agua cambiada en vino, sin saber de dónde lo habían sacado; los sirvientes sí que lo sabían, pues habían sacado el agua. Llamó al esposo y le dijo:

“Todo el mundo pone al principio el vino mejor, y cuando todos han bebido bastante, se sirve un vino inferior; pero tú has dejado el mejor vino para el final.”

Esta señal milagrosa fue la primera, y Jesús la hizo en Caná de Galilea. Así manifestó su Gloria y sus discípulos creyeron en él.

Con este primer milagro, Jesús da prioridad a la santidad del matrimonio. Aquí se aprecia un canto de alabanza a la alegría: eso debe ser el matrimonio: una fiesta. La fiesta es para disfrutarla, no puede faltar nada, con mayor razón, el vino que es sinónimo de bienestar. Jesús nos demuestra la atención, el cuidado que la pareja debe tenerse; no hay como descuidarse, si el vino falta, la alegría desaparece. Qué hermosa metáfora la del vino por la alegría. Este es el primer regalo, el primer milagro de Dios para con los cónyuges: vivan alegres. La alegría trae familiaridad, y la familiaridad comprensión.

El evangelista Juan resalta al varón y a la mujer. No sólo es Jesús, el varón que trae la alegría al matrimonio; es la mujer, María, la madre de Dios, que también bendice a la pareja: ella habla para que Jesús intervenga. Queda así demostrada la importancia que el varón y la mujer tienen en conjunto para que el matrimonio florezca.

La pureza y la vida son también signos evidentes que fortalecen la vida matrimonial. Jesús transforma el agua en vino. El agua, en este sentido, sirve para limpiar las impurezas; el matrimonio no puede estar manchado ni debe agonizar. El agua, a la par que limpia, es vida; sin ella nada se mantiene en pie. El matrimonio que no tiene vida agoniza lentamente.

Los jarrones de piedra en ese entonces servían para los ritos de la purificación de los judíos, lo cual significa que el jarrón representa las cosas, y como las cosas nos sirven para ejercer nuestras actividades cotidianas, éstas deben estar limpias para que sirvan. No se puede, por lo tanto, llevar cualquier cosa al hogar; las cosas deben estar limpias, es decir, deben contribuir al fortalecimiento del matrimonio. Las actitudes y cuanto materialmente nos rodea contribuye a la felicidad conyugal en la medida en que hagamos buen uso de ellas.

La generosidad de Jesús es otro de los

signos que nos da para la fortaleza del matrimonio. Es generoso Jesús porque transforma el agua en vino y porque está en la casa de los novios. Con estas dos realidades nos demuestra cuan de generosa debe ser la pareja: uno y otro mutuamente se entregan en una oblación de generosidad. Jesús está ahí presente, ha entrado a nuestra morada, y como no se trata de uno cualquiera, no podemos botarlo ni de la casa ni de nuestras vidas.

Es necesario, entonces, acoger la generosidad de Jesús: ha decidido quedarse en nuestras vidas, en el matrimonio, y para siempre.

El primer gran milagro, por consiguiente, se sintetiza en la alegría, en la pureza, en la generosidad y en la presencia de Jesús y de María, que son cuatro signos de grandeza, de belleza y de dignidad humana que se convierten en el mejor regalo que los novios reciben en el día de su matrimonio, de manera que, como una gran luz les sirvan para iluminar el gran camino de la vida que la pareja recorre en su diario vivir

de compromiso y de realización personales hasta el final de su existencia terrena.

Mc 10, 1-12: DOCTRINA, UNIÓN, BENDICIÓN

Una vez que partió de allí, se fue a los límites de Judea, al otro lado del Jordán. Nuevamente las muchedumbres se pusieron en camino para ir a donde él, y él volvió a enseñarles de la manera como solía hacerlo. En eso unos fariseos vinieron a él con el ánimo de probarlo y le preguntaron: "¿Puede el marido despedir a su esposa?" Él les respondió: "¿Qué les ha ordenado Moisés?" Ellos contestaron: "Moisés ha permitido firmar el acta de separación y después divorciarse."

Jesús les dijo: "Moisés escribió esta ley porque ustedes son duros de corazón. Pero la Biblia dice que al principio, al crearlos, Dios los hizo hombre y mujer. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre para

unirse con su esposa y serán los dos uno solo. De manera que ya no son dos, sino uno solo. Pues bien, lo que Dios unió, que no lo separe el hombre.”

Y, cuando estaban en casa, los discípulos le volvieron a preguntar lo mismo, y él les dijo:

“El que se separa de su esposa y se casa con otra, comete adulterio contra la primera; y si ésta deja a su marido y se casa con otro, también comete adulterio.”

Jesús, el Maestro, enseña; la muchedumbre lo sigue, quiere escuchar su palabra porque es palabra que guía y que no muere. No son las leyes las que le interesan a Jesús, sino los hechos concretos, plenamente humanos; si existen las leyes es por la dureza del corazón de los hombres. El hombre sólo quiere actuar cuando ve que hay una norma que manda o que prohíbe hacer algo. Si fuésemos limpios de corazón no tendrían razón de existir las leyes: el corazón sano actúa sin hacer daño a nadie, por lo tanto no debe esperanzarse en normas porque sabe que hay nobleza y claridad en las acciones emprendidas.

Jesús quiere que nadie se pierda, por eso vuelve a resaltar el papel que como hijos de Dios tienen tanto el varón como la mujer. ¿Por qué tiene que ser sólo el esposo el que puede despedir a su esposa, si así fuese? ¿No estaría en las mismas condiciones también la mujer de hacerlo? Por eso interviene Jesús para dejar en claro la igualdad de condiciones de la pareja desde el mismo

principio de la creación; cuando Dios los crea, los crea varón y mujer. Y como tienen que valerse por sí mismos, llega el momento en que ambos deben dejar a sus padres para conformar su propio hogar y continuar ocupando el puesto de dignidad, el más alto, que Dios le concede al varón y a la mujer.

Dios no quiere que al hombre y a la mujer, solos, por separado, les asalte la miseria. Para que no haya un desajuste, una desarmonía, y para que el mundo pueda llegar a su plenitud, es que deben juntarse el varón y la mujer para amarse eternamente.

Al unirse, el varón y la mujer dejan de ser dos y entran en el proyecto de la bondad de Dios; como creyentes se incorporan en una sola unidad para que no se resquebraje la compartencia a la que están llamados a plenificar hasta convertirse en un acto de amor puro. Por eso, la única respuesta que la pareja tiene, es responder a ese acto de amor eterno. Esa dimensión plena que Dios tiene

de unir para siempre a la pareja, es para que responda humana, fecunda y amorosamente frente a toda realidad terrena que con fortaleza y la suficiente autoridad moral, debe responder ante la verdad de Dios.

Por consiguiente, desde ningún punto de vista se puede concebir la separación del matrimonio. La pareja debe contribuir diariamente para que la unicidad se fortalezca. Para ello es necesario poner en juego toda la inteligencia emocional para emprender en proyectos de humanismo y sobre todo de presencia divina para que la adherencia de Dios como camino y verdad se enraíce en el diario vivir del matrimonio.

Si en el emprendimiento de este proyecto humano y divino le damos prioridad a las virtudes morales, de manera especial a la de la obediencia a la voluntad de Dios y a la de la castidad, el adulterio y otras bajezas humanas no serán más que una mera reminiscencia que no afectarán a la gran esperanza y a la gracia sobrenatural que Dios

tiene depositada en la vida de cada ser humano para que su nobleza y su dignidad de ser persona, jamás se vea mancillada.

Ef 5, 22-33: AMOR, CRISTO, IGLESIA

Que las esposas se sometan a sus maridos como al Señor. En efecto, el marido es cabeza de su esposa, como Cristo es cabeza de la Iglesia, cuerpo suyo, del cual es asimismo Salvador. Y así como la Iglesia se somete a Cristo, así también la esposa debe someterse en todo a su marido.

Maridos, amen a sus esposas como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella. Y la bañó y la santificó en la Palabra, mediante el bautismo de agua.

Porque, si bien es cierto, deseaba una iglesia espléndida, sin mancha ni arruga ni nada parecido, sino santa e inmaculada, él mismo debía prepararla y presentársela.

Del mismo modo los maridos deben amar a sus esposas como aman a sus propios cuerpos. El que ama a su esposa se ama así

mismo. Y nadie jamás ha aborrecido su cuerpo; al contrario, lo alimenta y lo cuida. Eso es justamente lo que Cristo hace por la Iglesia, pues nosotros somos parte de su cuerpo.

La escritura dice: por eso el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse con su esposa, y los dos no formarán sino un solo ser. Este misterio es muy grande, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia. En cuanto a ustedes, que cada uno ame a su esposa como así mismo, y que la mujer, a su vez, respete a su marido.

Con qué vehemencia Pablo proclama que la esposa ame a su marido y que el marido ame a su esposa. Si estamos frente a una sociedad machista es justo que Pablo insinúe al esposo la responsabilidad de asumir cristianamente el matrimonio. Y cuando habla de que ella se someta al esposo no implica esclavitud, como a primera vista se podría entender. Someterse como al Señor, es esa la medida plena, salvadora, porque implica servicio, respeto y valoración. Nadie se somete a Dios por obligación sino por amor. Nadie da a Dios sino lo mejor de sí mismo. Esa es la llamada de Pablo, que la esposa, en su afán de servicio dé lo mejor de sí mismo para ella misma, puesto que el esposo es parte de ella, son una sola carne. El sometimiento, entonces, no es de uno solo, es de los dos en uno. Por lo tanto, nadie es mejor ni inferior a otro; si los dos son uno, ¿cómo puede hablarse de rebajamiento o de superioridad del uno al otro? ¿En dónde está el otro si los esposos son uno solo?

El amor entre esposos es total, es oblativo, no

admite reparos. Y Pablo es claro al decir que el amor de los esposos es como el de Cristo a la Iglesia. Pareja que no se ama no es matrimonio. La primera condición para que los dos sean uno se da a través del amor y entrega mutuos. Así como Cristo quiso una iglesia espléndida, así desea que el matrimonio lo sea también. La palabra, en este caso, para robustecer y santificar a la iglesia es un signo que permite enaltecer la alianza de comunidad que hay en ella como la hay en el matrimonio. Con la palabra se santifica, se hace palpable las realidades y las tareas cotidianas.

Por lo tanto, al igual que la Iglesia, el matrimonio es una "profunda comunidad de vida y de amor", que necesita de mucha voluntad, capacidad de reflexión y una auténtica disposición psicológica y espiritual para comprometerse por entero a la defensa de la vida y a la fructificación permanente del amor.

Todo el lugar que a él y a ella en el matrimonio les corresponde ha sido anunciado por Cristo, de

manera especial al hacer la comparación con la Iglesia. Qué cariño, qué entusiasmo el de Cristo para que la Iglesia no sea mancillada: la santidad y su inmaculada presencia las traslada al matrimonio como la mejor imagen de lo que Él mismo fue: aquel que amó hasta sacrificarse a sí mismo y dar su vida.

Es Dios el que concede al matrimonio una vida en plenitud. Pero es la pareja la que, por la fe en Cristo, debe reconocer, desde lo más íntimo de su realidad interior, el reflejo del amor gratuito que el Señor les tiene deparado. Es tan claro el mensaje: así como Dios nos ama -y bien que lo reflejó a través de la revelación de su hijo-, así debe ser de intenso el amor que los esposos deben reciprocarse.

Al respecto, Jean Pierre Bagot en su libro **Para vivir el matrimonio** de editorial Verbo Divino, nos dice que

“El que ama espontáneamente, humanamente, está llamado a dar un salto. Tiene

que aceptar dejarse fecundar y transformar por el Espíritu divino; es la condición necesaria para que, librándose de sus contradicciones, quede 'afianzado en la roca' (Mt 7, 24-28) y por tanto salvado. En donde el hombre pensaba espontáneamente tan solo en ventajas, en certezas, en satisfacciones, Dios quiere proponer don, confianza, marcha hacia delante en la fe, fidelidad absoluta. Esto implica ciertamente riesgos, esfuerzo, muerte a uno mismo, pero es también la fuente de la vida. Es la salvación posible". (pág. 42).

1 Pe 3, 1-9: DEBERES DE LOS ESPOSOS:

**OBEDIENCIA, BELLEZA, TINO,
DELICADEZA, CONSIDERACIÓN,
COMPARTIR JUNTOS, HUMILDAD,
BENDICIÓN**

De la misma manera, que las mujeres obedezcan a sus maridos y, con eso, seguramente ganarán a aquellos que se resisten a la predicación. Al verlas castas y serias en su conducta, esa misma conducta hará las veces de predicación. No se preocupen tanto por lucir peinados rebuscados, collares de oro y vestidos lujosos, todas cosas exteriores. Sino que más bien irradie de lo íntimo del corazón la belleza que no se pierde, es decir, un espíritu suave y tranquilo. Eso sí que es muy precioso ante Dios. De ese modo se adornaban en otros tiempos las santas mujeres que esperaban en Dios; y estaban sometidas a sus maridos. Así obedecía Sara

**a Abraham, al que llamaba su señor.
Ustedes serán hijas de Sara si obran bien y
no le tienen miedo a nada.**

**Que los maridos, a su vez, lleven la vida
común con tino, sabiendo que la mujer es
un ser más delicado. Asimismo, que les
tengan consideración, pues han de
compartir juntos el don de Dios que lleva a
la vida. Hagan esto y Dios no demorará en
escuchar lo que le pidan.**

**Finalmente, tengan todos un mismo sentir;
compartan las preocupaciones de los demás
con amor fraterno, sean compasivos y
humildes. No devuelvan mal por mal, ni
contesten el insulto con el insulto. Al
contrario, bendigan, ya que ustedes mismos
fueron llamados a bendecir y a alcanzar por
ese medio las bendiciones de Dios.**

Qué calamidad humana cuando en los esposos no hay obediencia mutua! La exhortación de Pedro, en este orden, resalta algunos de los deberes que se debe tomar en cuenta para que la felicidad en el hogar no se vea mancillada. De manera especial se dirige a la mujer; ella más que nadie, y en ventaja al varón, tiene cualidades especiales que la ennoblecen y que bien asumidas, enaltecen su condición de mujer.

La castidad y la seriedad en su conducta es lo que en primera instancia resalta San Pedro. De nada le sirven a la mujer los adornos exteriores, sino los del alma, los del corazón, que son los que irán modelando su conducta, su manera de ser, su feminidad, en definitiva su espiritualidad. La castidad femenina (y la del varón también, por supuesto) es un signo de profundo respeto a su cuerpo y al de su compañero, y si al cuerpo se lo cuida para ofrecérselo a quien se ama, en los hechos se está demostrando que la manera de amar es pura, sin riesgo, sin crueldad. La castidad es signo de generosidad y está centrada en la

búsqueda de una dimensión conyugal profundamente espiritual, asumida con la mayor madurez humana. La falta de castidad excluye a la pareja de la gratitud amorosa y conduce a que la belleza del corazón humano se llene de estiércol. Un espíritu así manchado no puede tratar de gran Señor ni a su cuerpo, ni a su corazón, ni a su cónyuge, peor aún a Dios.

Si se obra bien, no hay por qué tenerle miedo a nada ni a nadie. La mejor carta de presentación del ser humano está en sus nobles acciones, y la primera manifestación de esa nobleza debe presentársela en el matrimonio para que la vida conyugal sea una vida de comunidad abiertamente confiable.

Claro que para ello se necesita tino, en especial de parte del varón, que debe conocer a profundidad la delicadeza de la mujer: su ternura, su don especial de ser mujer. Su naturaleza humana, tan diferente a la del varón, exige de éste más cuidado en el trato; se trata de una

verdadera flor que merece toda la consideración. Si existe el peligro de que se marchite, debe estar el varón atento para que la sequedad, el vacío, el hastío, no se queden a vivir y exterminen no sólo la plenitud de ella, sino la vida en común de ambos.

Que ambos tengan un mismo sentir, nos dice San Pedro, que compartan juntos el don de Dios que lleva a la vida. Dios nos trae vida y en abundancia, recibámosla, no sea cosa que por orgullo, despreciemos la vida. Al contrario, hay que saber compartirla entre ambos. No puede acabar con los cónyuges el egoísmo: aprender a compartir lo bueno, preocuparse por lo que ofende, fijarse en los demás con amor fraternal, y sobre todo que se aprenda a vivir con humildad: sin ella la arrogancia nos destruye, y el amor mismo que simboliza el amor con Cristo, se apaga.

La bendición que Dios da a los cónyuges deben ellos también aprender a repartirla, para que esta realidad sagrada del matrimonio tenga su sentido

auténtico de aquellos que quieren vivir realmente su unión conyugal en la perspectiva de la fe cristiana.

Heb 13,4**RESPETO, FIDELIDAD Y RELACIONES
SEXUALES**

Que todos respeten el matrimonio en todos sus aspectos y mantengan la fidelidad de las relaciones entre esposos. Dios castigará a los que tienen relaciones sexuales prohibidas y a los que cometen adulterio.

1 Tes 4, 1-9**SANTIDAD Y AMOR**

Por lo demás hermanos, éstas son las cosas que les pedimos y rogamos en nombre del Señor Jesús: ustedes aprendieron de nosotros cómo han de portarse para agradar a Dios y ya viven así. Pero procuren hacer nuevos progresos.

Ustedes saben qué instrucciones les dimos con la autoridad del Señor Jesús: la voluntad de Dios es que se hagan santos,

que no tengan relaciones sexuales fuera del matrimonio. Que cada uno sepa tratar a su esposa con santidad y respeto, en vez de dejarse llevar por el deseo, como se hace entre los que no conocen a Dios.

Que, en esta materia, nadie ofenda o perjudique a su hermano. El señor pedirá cuentas de todas esas cosas, como ya se lo hemos dicho y probado. Dios no nos ha llamado para vivir en la impureza, sino en la santidad. Por eso, el que no haga caso de estas advertencias, no desobedece a un hombre, sino al mismo Dios, que les da su Espíritu Santo.

En lo referente al amor fraternal, no necesitan que les escriba, ya que Dios mismo les enseñó a amarse unos a otros.

El respeto al matrimonio no sólo se debe dar entre los esposos. Es una obligación moral de todo mundo respetar a los cónyuges, de manera que sea la comunidad entera la que vele por esta institución sagrada, que es la base de la familia y de la sociedad. Si es que el respeto es mutuo, de todos con todos, la fidelidad se robustece. Si en verdad, así fuese, como debería ser, el adulterio, que se ha convertido en un azote de perversión, no tendría cabida. Cuanta santidad, entonces, habría en cada hogar. Sin embargo, no es así, y ahí están las consecuencias: castigos, que no necesariamente vienen de Dios, sino del mismo hombre que al desobedecer sus mandatos se castiga con sus propias manos; y si no, ahí tenemos un ejemplo, el SIDA, que en los actuales momentos es una enfermedad mortal, producto, en la mayoría de los casos, de las malas y prohibidas prácticas sexuales.

Aprender a comportarnos para agradar a Dios y a los hombres debe ser la norma, y no porque haya la intención para que Dios y los hombres se

sientan bien, sino porque, al hacerlo, somos nosotros los principales beneficiarios. El matrimonio perdura en su existencia de unión cuanto mejor aprende a sentirse bien, a vivir de conformidad con todo lo que implique compromiso de nobles acciones.

La santidad, por lo tanto, es un llamado urgente de toda familia que quiera bien vivir. La pareja no puede vivir al margen de la sociedad. De ahí que, las buenas o las malas acciones repercuten no sólo en la pareja sino en el prójimo, en el próximo que es el que sufre las consecuencias cuando de la santidad nos alejamos.

La santidad es bienhechora, nos mantiene vivos y presentes en el espíritu cristiano, de manera que a través de él se pueda progresar en el camino hacia la perfección.

Es necesario, como en toda actividad humana, tener formación sobre el significado del matrimonio cristiano: hay infinidad de obligaciones

que hay que cumplirlas poniendo todo el sentido común y la buena disposición anímica de nuestra parte. No es posible dejarse llevar por la sinrazón, por el sin sentido, por la animalidad, por el instinto ni por la atracción de ciertas cosas y hechos que a primera vista nos parecen agradables y con inclinación al goce y al deleite, como en el caso del adulterio. Si la prudencia no nos acompaña, si no nos esforzamos por diferenciar a tiempo aquello que nos puede luego deteriorar, estaremos muy lejos de aprender a vivir en santidad. La santidad es un proceso pensado, meditado, de acciones concretas de "aprendimiento", de defensa continua de la alianza conyugal a través de lo más granado del corazón humano: su capacidad para pensar con rigor y sentido de reflexión.

La unión conyugal no es sólo asunto de un mero encuentro genital con miras a la procreación o al simple deleite de los sentidos a través de la manipulación de la carne. No se trata sólo de una consumación física, sino, y ante todo, de una

actividad plenamente humana y espiritualizada, que nos impulsa a vivir el amor de pareja de forma renovada y motivados por la gracia que el Señor nos brinda para vivir en comunión con Él y con el prójimo en su realidad divina, puesto que el matrimonio se enriquece en el momento en que aprendemos a amar con el mismo amor con que Dios nos ama.

1 Cor 6, 12-19: EL CUERPO HUMANO, TEMPLO DEL ESPÍRITU SANTO

Se dice; "Yo soy libre de hacer lo que quiera." Es cierto, pero no todo conviene. Si, yo soy libre de hacer lo que quiera, pero no debo dejar que nada me domine. También se dice: "La comida es para el estómago, y el estómago para la comida." Es cierto, pero Dios va a terminar con las dos cosas. En cambio, no es verdad que el cuerpo sea para la inmoralidad sexual; el cuerpo es para el Señor, y el Señor es para el cuerpo. Y así como Dios resucitó al Señor, también nos va a resucitar a nosotros por su poder.

¿Acaso no saben ustedes que su cuerpo es parte del cuerpo de Cristo? ¿Y habré de tomar yo esa parte del cuerpo de Cristo y hacerla parte del cuerpo de una prostituta?

¡Claro que no! ¿No saben ustedes que cuando un hombre se une con una prostituta, se hacen los dos un solo cuerpo?

Pues la Escritura dice: "Los dos serán como una sola persona." Pero cuando alguien se une al Señor, se hace espiritualmente uno con él.

Huyan, pues, de la inmoralidad sexual. Cualquier otro pecado que una persona comete, no afecta a su cuerpo; pero el que comete inmoralidades sexuales, peca contra su propio cuerpo. ¿No saben ustedes que su cuerpo es templo del Espíritu Santo que Dios les ha dado, y que el Espíritu Santo vive en ustedes?

¡Cuánta claridad tiene la palabra de Dios acerca de nuestra educación corporal y sexual! Hace mucho daño la idea errónea de que uno es libre para hacer lo que quiera. La libertad tiene sus límites, y en esta realidad consiste su mayor expresividad para que tenga plena validez humana. No puede uno, ni con su cuerpo ni con su pensamiento, dejarse llevar por impulsos que bien nos damos cuenta que nos deterioran. Es necesario aprender a tener dominio sobre sí mismo para que las bajas pasiones no hagan presa fácil de nuestra realidad corporal ni de nuestra existencia humana en general.

El cuerpo, verdadero templo del Espíritu Santo, no se lo puede mancillar como si se tratase de una cosa que se usa y luego se bota. Es necesario tener conciencia plena de lo que significa el cuerpo como morada del Espíritu Santo. Es la misma presencia de Dios que está alojada en nuestro yo corporal y en nuestro yo espiritual. Es decir, por el hecho mismo de ser hijo de Dios, hecho a su imagen y semejanza, poseo la

capacidad de pensamiento para razonar, meditar, reflexionar e interiorizar mi realidad como ente humano, listo y dispuesto para el bien, para aprender a realizarme como persona. Con su cuerpo uno necesita que lo respeten, que lo valoren, y esto se lo consigue a través de nuestras acciones, sobre todo cuando éstas están encaminadas a enaltecer a los demás. Por esta razón, si necesito que me respeten, no puedo, entonces, mancillar mi cuerpo ni el de los otros, con mayor razón desde la inmoralidad sexual.

La relación sexual sólo tiene razón de ser en pareja, con la persona que se ama, y con la cual uno ha decidido hacerse un solo cuerpo para siempre. Si esta realidad no se respeta, las consecuencias luego son nefastas. De nada sirve un momento de placer corporal fuera de la persona que se ama, si luego debo pagar muy alto esta cuota de encanto sexual: el deterioro corporal y espiritual es de tal magnitud, debido a que, en un cuerpo manchado, nadie quiere acercarse. A leguas se percibe la "suciedad y el

mal olor" que una relación sexual ilícita produce tanto en el cuerpo como en el yo.

Con mayor razón, el deterioro corporal es mayor, si llego a comprender de que nuestro cuerpo es parte del cuerpo de Cristo. Si en mi realidad corporal mora la sustancia máxima de perfección, de belleza y de castidad que es Dios, ¿cómo se puede tener la desfachatez de mancillarlo en actividades de prostitución? La relación sexual se encarna en un solo cuerpo: esta realidad corporal de dos personas se vuelve una sola realidad, una sola corporalidad; ¿y si se trata de una prostituta?, los dos se prostituyen porque se trata de un solo cuerpo prostituido.

Por naturaleza humana, sea usted consciente o no, estamos unidos a Dios. Por consiguiente, en la medida en que menos prostituyo mi cuerpo, estoy en condiciones de pertenecer, de acercarme mejor al Señor. Soy su parte, y por ende contribuyo a conservar, con la mayor limpidez humana, esa parte de Dios que soy. Hagamos el esfuerzo por comprender que nuestro cuerpo es

una auténtica morada del Espíritu Santo, y así como uno no ensucia su casa, porque es parte nuestra, no puede ensuciar su cuerpo con inmoralidades, porque no sólo que se ensucia uno, sino, que le estamos echando lodo al mismo Espíritu Santo, a Dios, a quien tanto decimos querer y defender.

1 Cor 13, 1-7: SI NO HAY AMOR NADA VALE

Si hablo las lenguas de los hombres y aun de los ángeles, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo discordante. Y si hablo de parte de Dios, y entiendo sus propósitos secretos, y sé todas las cosas, y si tengo la fe necesaria para mover montañas, pero no tengo amor, no soy nada. Y si reparto entre los pobres todo lo que poseo, y aun si entrego mi propio cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, de nada me sirve.

Tener amor es saber soportar; es ser bondadoso; es no tener envidia, ni ser presumido, ni orgulloso, ni grosero, ni egoísta; es no enojarse ni guardar rencor; es no alegrarse de las injusticias, sino de la verdad. Tener amor es sufrirlo todo, creerlo todo, esperarlo todo, soportarlo todo.

Todo lo que se diga y se haga no tiene mayor validez si no se lo hace con amor, es decir con todo el cariño posible que brota del corazón. La abnegación, el respeto, la valoración por el otro, el sacrificio, la entrega desinteresada, todo lo bueno se conjuga al momento de hablar de amor.

Sin embargo, en la práctica cuesta mucho poner en ejecución esta hermosa verdad del amor. Se puede decir aspectos muy bellos sobre el amor, pero otra cosa es saber llegar con esta realidad a cada ser humano, sobre todo con aquel que más conflictos se tiene. Amar a quien nos corresponde, no es difícil, pero amar a quien no nos ama, expresar todo nuestro cariño a quien, por una u otra razón, nos odia, exige una profunda postura cristiana que sólo desde el ámbito de la fe nos permite adentrarnos en el otro para buscar todas las formas posibles y poder llegar a su corazón.

De manera especial, los educadores y los padres de familia somos los más llamados a repartir amor

a raudales a los niños y jóvenes que son los que más necesitan congratularse con este baño de humanismo -porque el amor eso es-, para que con firmeza, y con todos los valores humanos que todo ser humano debe asumir, para que puedan enfrentar la vida con optimismo, y no con el pesimismo, la apatía y la indiferencia que hoy caracteriza a la niñez y a la juventud en general.

El éxito de las relaciones humanas y de todo hecho cotidiano implica la consideración de muchas circunstancias que deben ser bien meditadas para no cometer atropellos, injusticias o desavenencias que nos traen serias complicaciones familiares, laborales o sociales con el prójimo que necesita que siempre se lo valore y que se respete sus criterios aunque a veces no los compartamos.

Resulta difícil amar cuando todo se lo ve con pesimismo, cuando no se es capaz de reconocer en el hermano sus cualidades. El ser humano es más proclive a fijarse en las debilidades que en

las fortalezas que sí posee todo ser humano, por miserable que éste sea en su condición humana.

El ser humano es portador de una inmensa riqueza espiritual que a veces no la explotamos. Saque usted a flote todo ese mundo interior que está guardado en algún rincón de su corazón: se llama amor. Póngalo a la luz del día, a la orden de los demás, y va a ver cuanto más crece su condición de persona. Deje de lado los prejuicios, el pesimismo y la vagancia espiritual que son los que nos atan y no nos permiten madurar.

El agua de vida del matrimonio, por lo tanto, es el amor. Si a nuestra identidad sexual, corporal y familiar no la regamos con este bálsamo, en verdad, como dice el Evangelio, seremos como "un metal que resuena, como un platillo discordante", y nada más. El matrimonio sin amor no tiene sentido. Hay que amar sin medida, a raudales, y esto se lo logra cuando hacemos el esfuerzo de fijarnos menos en las debilidades, y cuando desde la humildad, desde la paciencia y

desde la bondad, y sobre todo, desde el dominio de uno mismo, aprendemos a fijarnos más y más en las fortalezas que sí las tiene la o el cónyuge, por descuidado que a veces sea en su condición humana.

3.2. A MODO DE CONCLUSIÓN

No cabe duda de que la entrega, la abnegación, la atención, el cariño, no sólo fortalece al matrimonio en sí, sino a toda la familia, y de manera concreta a los hijos, que son el fruto directo de la relación conyugal. Cuánto afecto los padres desparraman a sus hijos para orientarlos y educarlos por el amor que ellos se profesan. Si hay amor, los buenos ejemplos sobran.

Y si hay amor en el matrimonio, las responsabilidades para con los hijos aumentan: se tratará de ser vigilantes, por ejemplo, y observadores de todo el proceso formativo de los hijos; se tendrá firmeza de carácter para

educarlos; la pareja estará atenta siempre de los progresos y situaciones difíciles por las que atraviesan los hijos.

Es necesario recordar que el matrimonio es un proyecto; pues, si no se tiene metas e ideales por los cuales vivir, la salud mental se deteriora, la monotonía y la rutina se toman por asalto a la familia y la destruyen.

Por eso es necesaria, y de manera constante, la innovadora presencia de la creatividad, para que con disposición y confianza, sintiéndose parte el uno del otro, brindándose apoyo mutuo, estén dispuestos a valorar todo cuanto hagan en bien del núcleo familiar.

El detalle, el festejo de fechas importantes y momentos inolvidables, las frases estimulantes, salidas a centros culturales y recreativos, la comunicación limpia y oportuna, la buena presentación y el trato personal, el diálogo permanente y apertura consciente para con los hijos, son, entre otras, auténticas joyas de

humanismo y de bienestar personal para fortalecer el matrimonio y sacar adelante la vida del hogar.

Si en vez de fijarnos en los defectos de cada uno, reconocemos los valores, las habilidades, y creamos ambientes de confianza y de valor moral, estaremos en condiciones para ayudarnos, para orientarnos y no para amenazarnos.

Otra de las formas para que el núcleo familiar crezca es sabiendo delegar actividades familiares a los hijos, educar con el ejemplo, con el uso de un buen vocabulario, con formas correctas de obrar y de comportarnos como padres, atentos para controlar, orientar y supervisar las tareas a los hijos.

Otros aspectos, aunque suene trillado repetirlo, deben siempre recordarse y ponerse en práctica, como por ejemplo, el aseo permanente de todos, la decoración de la vivienda, la buena administración de los recursos económicos,

decirles a los hijos cuánto se gana, establecer prioridades en los gastos y discusión y análisis de los problemas que en la vida diaria nos atañen.

Y hoy que pocas oportunidades hay para conversar con los hijos, la mesa de comedor es una gran oportunidad para hacerlo, interesarse por las aficiones deportivas, por los juegos de mesa, visitas a familiares, a amigos, a escenarios deportivos, a museos, a bibliotecas y saber observar la televisión con los hijos, son también formas de educación familiar y de robustecimiento en el amor matrimonial.

Y, si, definitivamente, queremos que el amor prevalezca frente a tantas desgracias humanas, es necesario acercarnos a un auténtico **humanismo religioso** —cristiano, en el caso nuestro—, pues, esto nos exige acatar unos valores que son los que le dan sentido y validez a la existencia humana. En este orden, la práctica religiosa de los padres es un excelente ejemplo para con los hijos.

La raíz de muchos males, no lo olvidemos, está en la indiferencia, en la pérdida paulatina de la religiosidad. Es necesario que el núcleo familiar busque momentos propicios para la oración. Qué mejor oportunidad para los hijos que el testimonio de los padres que, sin prejuicios, se consagran, empezando por la familia, como verdaderos misioneros, en auténticos depositarios de la fe cristiana para, desde esa opción, responder con los frutos del espíritu que son —a decir de Isabel Orellana Vilches, en su libro sobre **Paradojas de la Convivencia**—: “alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre, dominio de uno mismo, libertad, prudencia, modestia, sentido del honor, paciencia, humildad, sencillez, obediencia, generosidad, templanza, cortesía, espíritu de servicio, discreción, responsabilidad, diligencia, entre tantas y tantas virtudes que existen” (p. 231) para que el matrimonio, la familia y la sociedad, en definitiva, sean partícipes del Reino de los Cielos, aquí, en la Tierra.

BIBLOGRAFÍA

ALEJO, P.: Iniciación a la lectura de la Sagrada Biblia, undécima edición, Ediciones Paulinas, México, 1981.

Catecismo de la Iglesia Católica, Librería Espiritual, Quito, 1993.

Conferencia Episcopal Ecuatoriana: En camino hacia el Reino de Dios, Don Bosco, Quito, 1996.

DONERA, Alberto: Un catecismo católico para adultos, colección Fuente de Vida, Nro. 16, Vicariato apostólico de Esmeraldas, 1986.

DUARTE, Luis Miguel: Yo creo en la familia, insinuaciones para los matrimonios, San Pablo, Bogotá, 1994.

DUQUE YEPES, Hernando: Charlas familiares, cuarta edición, San Pablo, Bogotá, 1995.

DUQUE, Hernando y SIERRA, Rebeca: Las relaciones humanas en la vida familiar, San Pablo, Bogotá, 2001.

DUQUE, Hernando: Cómo mejorar las relaciones familiares, San Pablo, Bogotá, 2001,

FERRERO, Bruno: **La familia que educa**, Abya Yala, Quito, s/f.

Jaubert, Annie: **El Evangelio según san Juan**, undécima edición, Cuadernos Bíblicos, Nro. 17, Verbo divino, Pamplona, 1994.

La Biblia Latinoamericana, San Pablo y Verbo divino, Madrid, 1989.

La palabra de Dios en el Ecuador, Dios llega al hombre, **El Nuevo Testamento de Nuestro Señor Jesucristo**, cuarta edición, Sociedades Bíblicas Unidas, Sociedad Bíblica Ecuatoriana, 1983.

ORELLANA VILCHES, Isabel: **Paradojas de la convivencia**, San Pablo, Colección Claves, Madrid, 2002.

OSORIO, Eduardo: **Ética y relaciones humanas**, San Pablo, Bogotá, 2002.

PIERRE BAGOT, Jean: **Para vivir el matrimonio**, traducción de Nicolás Darrical, cuarta edición, Verbo Divino, Pamplona, 1993.

SALCEDO ORELLANA, Clara y SEGOVIA BAUS, Fausto: **Aprendiendo a vivir, Educación para**

el amor, Biblioteca General de Cultura, Nro. 6, Corporación Editora Nacional, Quito, 2001.

SÁLESMAN, Eliécer: Cómo llegar a obtener un matrimonio feliz, decimaséptima edición, Don Bosco, Medellín, 2000.

SCARPAZZA, Benigno: Ayudemos a los hijos a encontrar a Dios, San Pablo, Bogotá, 1999.

Loja, octubre – noviembre de 2002

Galo Guerrero Jiménez es Profesor de Educación Media y Licenciado en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional de Loja, Doctor en Lengua Española y Literatura por la Universidad Técnica Particular de Loja, Diplomado como Profesor e Investigador de Lengua Española y Literatura por el Instituto de Cooperación Iberoamericana de la Agencia Española de Cooperación Internacional de Madrid, Diplomado en Pedagogías Innovadoras por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador de Ibarra (PUCE-I) y Universidad Técnica Particular de Loja (UTPL), Especialista en Gestión y Liderazgo Educativos por la PUCE-I y UTPL y maestrante en Gestión y Producción Universitarias por la UTPL. Autor de varios libros entre filosofía, antropología, gramática, ortografía, teoría literaria, ensayo, cuento y poesía.

Ha recibido algunas condecoraciones: Presea al Mérito Literario y Cultural Benjamín Carrión Mora por la Ilustre Municipalidad del cantón Loja en 1998; Condecoración al Mérito Literario, Cultural y Educativo por la Unión Nacional de Educadores núcleo de Loja, el 13 de Abril, día del Maestro Ecuatoriano, en el 2001; Condecoración al Mérito Literario por la Ilustre Municipalidad del cantón Catamayo en el 2002.

Es Miembro Correspondiente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión Mora núcleo de Loja.

Actualmente se desempeña como catedrático y Director de la Escuela de Lenguas y Literatura de la Universidad Técnica Particular de Loja, Vicerrector del Colegio La Dolorosa y Periodista Cultural de Diario La Hora de la ciudad de Loja.